

animal que cree ver algo fuera de sí y tiende á apoderárselo, cuando menos á acercársele. Siempre ha sentido la necesidad de elevarse por encima de su ser. Esa es su incesante aspiración: la misma historia de Prometeo. Los griegos y los romanos, después de muertos sus héroes, los divinizaban. Es un imperioso instinto, cuyo único fin es la tranquilidad que procura, lo que empuja al hombre á unirse á una fuerza supra-cósmica.

Hemos dicho que el hombre es un animal creyente. Pues bien, cuando se estudia con alguna atención á los animales, se llega á reconocer que no solamente son ellos capaces de sentir la amistad, de amar y de odiar, sino que también dan signos de poseer facultades religiosas y morales *. Los fundamentos iniciales de la facultad religiosa están contenidos en la sensación de que hay seres más elevados y mejores que nosotros. Parece ser indudable que muchos animales experimentan esa sensación y reconocen á otros como más poderosos, como superiores á ellos. ¿De dónde viene el temor de ciertos animales ante los carniceros que los persiguen, sino de haber apreciado la superioridad de la fuerza de que disponen el tigre ó el lobo? ¿Acaso emana de una fuente distinta la medrosidad impregnada de un sentimiento religioso que le inspiran al salvaje las tempestades del cielo?

En su concepción de la divinidad no se limita el hombre á la idea de superioridad física; admite también la de una superioridad moral é intelectual. Hay asimismo animales á los cuales no es extraña esa noción. El caballo de Houzeau, que pacía libremente en torno de la cabaña, y relinchando cerca del pozo miraba hacia la ventana como si llamara á su amo para que le trajera agua, reconocía evidentemente no sólo la superioridad física, sino la de los medios creados por la inteligencia de Houzeau. Sabía él que una de las

condiciones de su bienestar dependía de su amo. La petición, *la oración*, por decirlo así, del caballo, puede recordar las ambarbalias de los antiguos en que se imploraba á los dioses del paganismo para que concedieran lluvia abundante y hubiera así buenas cosechas.

En numerosas circunstancias llena el hombre las funciones de una providencia para los animales. Les da de comer y beber, cuida sus necesidades y les suministra los medios de satisfacerlas. ¿Puede admitirse que el animal doméstico no se da cuenta de ello? Mucho más que el hombre con respecto á su Dios. Es evidente que el animal cuenta con el hombre para vivir. No solamente reconoce al agente que le sirve en sus necesidades, sino que le manifiesta alegría por los favores que de su mano recibe. Así, las abejas cuando han perdido á su reina, y otra la sustituye en la colmena, reciben á ésta acariciándola con las antenas y agitando simultáneamente sus pequeñas alas. ¿No es eso reconocer el beneficio hecho á la comunidad y advertir la intervención de una mano más poderosa?

Con razón se ha dicho: «El hombre es el Dios del perro... ¡Cómo lo adora! Con qué respeto se echa á sus pies, con qué veneración lo mira, cómo lo acaricia, con qué gozo le obedece». Ninguna exageración hay en esas expresiones. Miremos al salvaje ante sus ídolos, al bárbaro prostrado sobre los codos y las rodillas ante su sultán, al católico frente á sus estatuas, y no encontraremos diferencia esencial entre los signos de respeto del hombre inferior hacia sus emperadores y dioses, y las manifestaciones que el perro le hace al hombre.

¿Cuáles son las deidades de los pueblos primitivos sino los jefes, los héroes, los guerreros ilustres? Los negros del interior de Africa al ver las armas y los vestidos de los blancos les decían: «Vosotros sois dioses». Tal es la idea estrecha de la divinidad en el hombre salvaje; en ese sentido la expresión: «Para el perro el hombre es un dios»,

* Se ha observado entre ciertos himenópteros movimientos extraños, regulares, hechos en común, movimientos que parecen tan perfectamente inútiles, que se ha creído ver en ellos las ceremonias de un culto religioso. (Le Dantec, *Le Coublit*, P. 107.)